



HAYEDOS DE BURGUETE

(Fotografía y texto de PAKOL)

HAYEDOS DE BURGUETE

En el montañoso septentrión de Navarra y ocupando el centro de una amplia planicie que a su vez es rodeada por un circo de suaves y hermosas cumbres, tenemos el bonito pueblo de Burguete —originalmente Auritze— cuyas casas, de sencilla y marcada arquitectura pirenaica, se agrupan en dos bien formadas hileras por entre las que atraviesa el actualmente recordado camino de Santiago, hoy carretera de Pamplona a Saint Jean Pied de Port.

Pese a las mil vicisitudes que por su situación fronteriza prueban la conciencia euskeldun de los naturales de Auritze, se esfuerzan estos en conservar su vieja lengua, favorecidos quizás —paradójicamente— por la influencia de las cercanas gentes del Benabarre francés, donde tan bien saben guardar las tradiciones vascas.

Mas, para conocer Burguete, al menos como meta excursionista, hay que salir de entre sus bien cuidadas casas, de brillantes y policromas fachadas (¡ay!, triste aspecto de muchos caseríos de las provincias hermanas), siguiendo los caminos que muy de mañana toma el ganado vacuno que, en elevado número de cabezas, constituye —con la forestal— una de las principales riquezas del lugar.

Ellos nos llevarán a rasos como el de Suringoa, Soraluze, Arrobi y otros, praderas que son cruzadas y enriquecidas por sendos y bulliciosos arroyos que dibujando rugosas arterias corren a aportar sus caudales al río Urrobi.

Y estos rasos, impregnados de bucólico encanto, no son sino unos islotes en aquel mar de hayas que hace remontar su verde oleaje hasta las altas laderas de Ortanzurrieta, Guirizu, Lindux, Mendiandi y Corona, por citar solamente los principales eslabones de esa cadena que antes decíamos rodea la llanada de Burguete.

Hayas de esbelto tronco que alcanzan altitudes poco corrientes en esta especie se agrupan en descomunales formaciones cuyo final se pierde siempre en un tupido fondo. Y son tan altas —repetimos— que apenas se percibe desde el suelo el susurro del requebrar del viento a sus copas.

Mientras una orquesta de alados profesores que se confunden con las hojas del ramaje hace detenernos para vivir la escena del momento, las notas de una esquila que entra «in crescendo» nos hacen desviar la atención. Pausadamente, al compás del tintineo, se presenta el solista en el claroscuro decorado. Un mugido y el actor de turno hace mutis sin perder su ritmo.

Francamente, no nos fue muy fiel nuestra cámara fotográfica al recoger este breve instante; uno de los muchos instantes que hemos admirado los hayales de Burguete al cruzarlos según la ruta que obligaban las proyectadas excursiones.

Estos parajes, de fácil acceso y dotados en cambio de todo el misterio y la belleza de los bosques pirenaicos, bien valen una acampada.